

muerte del virtuoso patricio, esperanza de la República y blanco del odio de los Césares de Roma.

Yo no he podido ménos de recordar, señores, estas palabras al contemplar lo que pasa en estos días despues de la muerte del eminente republicano Adolfo Thiers, esperanza tambien de la democracia francesa y objeto de odio y de temor para los enemigos de la libertad.

En efecto, despues del 3 de Setiembre, un grito inmenso de dolor resonó en el mundo entero. Era el grito del pueblo frances que acababa de saber que el más ilustre de sus ciudadanos habia dejado de existir. Y la electricidad llevaba instantáneamente este gemido de la noble nacion, á todos los pueblos del Continente antiguo; y el cable que une como una arteria al través del Atlantico, el corazon de la jóven América al corazon de Europa, trajo tambien á estas comarcas lejanas, algo como las palpitaciones de angustia de aquel pueblo republicano, de quien nos dividieron, en tiempos recientes, todas las pasiones de la guerra, pero á quien nos unen hoy el mismo culto á la Libertad, las mismas aspiraciones á la civilizacion y las viejas simpatias que renacen con más fuerza ahora, cuando las heridas han cicatrizado y cuando el infortunio del enemigo nos ha hecho olvidar la enemistad. Por otra parte, yo tengo la conviccion de que el pueblo frances nunca fué nuestro enemigo. Lo fué sí el hombre funesto que para desgracia de la Francia regia sus destinos, y cuya ambicion debia causar, tanto á nuestro país como al suyo, las mayores amarguras.

Así pues, no es extraño que el sentimiento del pueblo frances haya encontrado simpatias en el corazon del pueblo mexicano.

Pero ¿quién es, se preguntaria un hombre llegado ayer á nuestro planeta, ó uno de nuestros pósteros, estudiando sin más antecedentes los anales de nuestros días, quién es este titan

## CAPITULO XV.

*Discurso pronunciado por Ignacio M. Altamirano, Primer Secretario de la Sociedad Mexicana de Geografía y Estadística, en la Sesión extraordinaria que celebró dicha Corporación en honor del Sr. Thiers, la noche del 24 de Octubre de 1877.*

SEÑORES:

Tácito, aquel terrible enemigo de la tiranía, y panegirista de los hombres de bien, decia, hablando de la muerte de Agrícola, un varon ilustre que nació y se educó en Marsella, lo mismo que el grande hombre cuya memoria venimos á honrar hoy, decia, repito, que *“la muerte de aquel general llenó de luto á sus compatriotas, entristeció á sus amigos, y no fué indiferente ni para los extrangeros ni para los desconocidos.”*

De este modo el famoso escritor revela en su lenguaje conciso y severo, el dolor que causó en el mundo de su época la

que así conmueve á dos mundos, y cuya muerte ha producido un duelo universal?

¿Por qué, señores, añado yo en este momento, la primera sociedad científica de México, de una nacion que hace poco estaba en guerra con la Francia, y que aun no reanuda con ellas sus relaciones oficiales, levanta en su seno esta tribuna y convoca en derredor de ella á todas las corporaciones científicas y literarias de esta ciudad, centro de nuestra cultura, y presidida por el Supremo Magistrado de la República, viene á glorificar la memoria de un socio extranjero y á elevarlo al apoteosis, al que concurren, estoy seguro, todos los mexicanos que tributan culto al patriotismo y á la ciencia?

Los títulos de Thiers al amor de sus compatriotas, á la admiracion del mundo civilizado y á la profunda simpatía de México, son incontestables.

Ellos se fundan en las tres diversas fases de su carácter personal. Es preciso considerar al buen ciudadano como eminente hombre de Estado, como historiador insigne, y sobre todo y más que todo, como egregio patriota. Por más que se confundan en una individualidad cualidades que tienen un enlace lógico y que son como condiciones de existencia las unas de las otras, es indispensable estudiarlas aparte, siquiera para demostrar que una sola de ellas bastaria para dar grandeza á un hombre comun, y que todas forman un conjunto que raras veces es el privilegio, aun de los hombres extraordinarios.

No haré una biografía; esto fuera inútil. La personalidad de Thiers ha sido una de aquellas que atraen constantemente la mirada de sus contemporáneos. Mezclada sin cesar, por más de medio siglo, en los sucesos de todos los pueblos del mundo civilizado, apenas hay un hombre, que no sea un analfabético, que no conozca la gran figura de Thiers. Se han escrito libros sobre su vida; la prensa ha sido el boletín no interrumpido de

su larga celebridad. Vosotros todos estais reconstruyendo en vuestra memoria esa laboriosa existencia, y no solo, sino que estais evocando en vuestra imaginacion el aspecto del vigoroso anciano á quien solo la muerte ha podido derribar, y que se han complacido en reproducir todas las artes del dibujo, y los inventos modernos que han hecho servir la luz á las tiernas solicitudes del recuerdo y á las múltiples exigencias de la popularidad.

Pocos rasgos bastarán á mi objeto. Thiers, hombre de Estado, fué, como todo genio superior, el obrero de su propia fama. Él no nació en medio de las castas privilegiadas que en un país privilegiado ven, como un patrimonio exclusivamente suyo, el derecho de gobernar; no era el vástago de un tronco ilustre, ni se reflejaba en su nombre el esplendor de un nombre histórico. Tampoco los acontecimientos le alzaron, como en las alas de un huracan pasajero, porque hubiera caido pronto, y no cayó. Ni la gloria de los otros le sirvió de elemento para construir la suya, ni el espíritu de análisis de la futura Historia le disputará uno solo de sus méritos.

Thiers ha sido el único autor y responsable de su celebridad.

Yo no me pondré á examinar aquí si fué el hijo de un comerciante arruinado de Marsella, como dicen unos, ó de un herrero ó de un cerrajero como aseguran otros, ó de un simple abogado de Provincia, como acaba de publicarse en Paris. ¿Qué importa á la gloria de Thiers su origen más ó ménos oscuro? ¿Se piensa acaso, al contemplar un águila que se remonta hasta la region de las nubes, en la escondida grieta que sustentó su nido? Uno de los caracteres distintivos del hombre verdaderamente grande es el de no necesitar de un origen ilustre para fundar sobre él su grandeza.

Además, en los pueblos americanos, el origen oscuro importa todavía ménos que en cualquiera otra parte, porque aquí, la

democracia no solo es una institucion política, sino una conviccion moral que hace que toda pretension nobiliaria sea absurda, no estando, por otra parte, fundada en antecedentes históricos, que no existen. Las preocupaciones que como impuros sedimentos embarazaban el cause de nuestra vida social, han sido arrastrados por las corrientes democráticas, y hoy se adora la virtud por ella misma, y no por el nombre del que la posee.

Así pues, el eminente republicano á quien honramos esta noche, nos es más simpático todavía por la oscuridad de su origen.

Nosotros solo queremos saber que Thiers fué uno de los últimos hijos de ese gran siglo XVIII, padre de tantos grandes hombres y de tantas grandes cosas. Algun espíritu que creyese en la predestinacion podria decir que Thiers, naciendo en los últimos dias de aquella Semana Magna de los tiempos modernos que se llamó la Revolucion francesa, habia sido escogido por el destino para completarla ochenta años despues. Es admirable considerar que aquel niño que bajo el bello cielo de la Provenza escuchaba atento, en su cuna, los briosos acentos del himno republicano popularizado por sus compatriotas, estaba llamado como un hijo de la Revolucion á seguir los pasos de aquellos innovadores, á ser el legatario de sus ideas y á consolidar la Republica que ellos habian fundado sobre los cimientos de la Filosofía.

Y ciertamente, mientras el niño crecia en la oscuridad de la provincia, mientras el jóven ensayaba sus fuerzas en las humildes luchas universitarias y obtenia modestos laureles, promesa de los que obtendria más tarde, un mundo de acontecimientos habia pasado.

La obra de los republicanos de 1789 habia sido destruida; al imperio de Bonaparte, que fue todavía una trasformacion re-

volucionaria, habia sucedido la reaccion legitimista, es decir, la vieja monarquía con todo su sistema de opresion, de oscurantismo, de preocupaciones y de odio al pueblo, recrudecido por el recuerdo de la reciente insurreccion. El sombrío y triste Luis XVIII moria, y pronto iba á sucederle otro anciano, Carlos X. Se estaba, pues en plena monarquía de derecho divino, y apenas empezaban á fermentar sordamente las pasiones republicanas mal adormecidas, los odios bonapartistas mal encadenados y la ambicion del duque de Orleans mal disimulada.

Entonces llegó Thiers á Paris, pobre, oscuro, sin más tesoro que su talento, sin más armas que su fe política, sin más fuerzas que sus esperanzas juveniles. Se conoce lo demas: sus relaciones con el orador Manuel, sus afinidades con los consejeros del duque de Orleans, el brillo de sus trabajos en la prensa. Entonces puede decirse que comenzó Thiers su carrera de hombre de Estado; ya entonces pudo vérselo á plena luz, como un atleta de la arena política, como un representante de la Revolucion, como un hombre del porvenir. En la frente inspirada de aquel jóven de pequeña estatura, pero en cuyo semblante se hallaban la vivacidad y la pasion de los hijos del Mediodía adivinaban los viejos prácticos del mundo político la señal de grandes destinos.

La lucha se empeñó; Thiers publicista con Armando Carrel y con Mignet, unas veces, y otras escribiendo los primeros tomos de la Historia de la Revolucion, ayudó á zapar aquel viejo edificio legitimista que iba á caer para siempre en Francia.

Cuando en Julio de 1830 *la Providencia divina abandonó el Derecho divino con tan pocos miramientos*, como dice sarcásticamente un historiador aleman de nuestros dias (Gervinus), y el gobierno del duque de Orleans, como un gobierno de transaccion heredó el poder, ya el jóven Thiers formó parte del gabi-

nete entrando en el Ministerio de Hacienda como secretario del baron Louis, y despues como subsecretario de Estado con Lafitte.

No le seguiré, durante esa época, en los diversos ministerios en que tomó participio ó que atacó bajo el reinado de Luis Felipe, y solo haré notar dos cosas: Primera: que en esa época se pusieron en relieve todas las grandes cualidades que caracterizaron á Thiers como buen gobernante.

En el Ministerio de Negocios Extranjeros ya dió pruebas de aquel maravilloso tacto político y de aquella singular prevision, que era en él como un don profético y que los sucesos se han encargado siempre de justificar. En el Ministerio de Hacienda, ya dió pruebas de esa probidad y de esa facultad de combinacion que solo posee el genio y que le han permitido últimamente encontrar en los dias mismos del desaliento y de la derrota, los recursos del crédito y los tesoros del patriotismo, con los cuales rescató el territorio nacional y echó las bases de la prosperidad francesa actual. En el Ministerio de Trabajos públicos, él supo dar cima á grandes empresas de mejora material, estimular las Bellas Artes, abrir nuevas fuentes á la industria y dotar á Paris y la Francia entera con monumentos y obras que serán siempre el orgullo de aquel país y nuevos veneros de riqueza pública.

La segunda cosa que haré notar nos interesa solo á los mexicanos, é importa decirlo esta noche, y es que, para que ninguna nube empañe nuestra simpatía hácia el grande hombre, precisamente en el año de 1838, en que el gobierno de Luis Felipe nos declaró una guerra que sostuvo sin razon y sin gloria, y que sea dicho con verdad, se concluyó por parte del gobierno de Bustamante sin dignidad y sin energía, Thiers no solo no estaba en el gobierno frances, pero ni aun tomaba parte activamente en la política sino en sentido opositorista; viajaba en Ita-

lia, y no volvió sino en 1840, para presidir un nuevo gabinete, despues de la caída del gabinete Molé.

De manera que en la primera guerra con Francia no fué nuestro enemigo, como no lo fué despues en la segunda.

No lo seguiré durante la efímera República de 48, que aceptó con presteza, y solo recordaré que fué una de las primeras víctimas del 2 de Diciembre, y que Napoleon III no le agradeció su voto para la presidencia de la República, porque no contaba tambien con su voto para erigirse en César.

Proscrito entonces, y alzado despues el destierro sin que él lo pidiera, Thiers volvió á su patria á trabajar, siempre en favor de las libertades públicas; y, en efecto, nombrado representante del pueblo, se sentó luego en los bancos de la oposicion, de aquella oposicion representada por un pequeño grupo de hombres ilustres, los Favre, los Picard, los Pellatan, de quines podia decirse con razon, que valian *non numero, sed pondere*.

Lo que hizo despues en el Cuerpo Legislativo.....pero esto toca al patriotismo de Thiers, y voy á considerarlo ahora como historiador.

Dos son los grandes monumentos con que Thiers enriqueció la historia. La revolucion francesa habia tenido, hasta él, cronistas, defensores apasionados ó deturpadores violentos. Acabando de salir de la revolucion y de la reaccion, no era posible serenar el espíritu para escribir la historia.

A Thiers tocaron mejores tiempos, y por la primera vez delante de los testigos de aquel inmenso drama, el jóven escritor se atrevió á ensayar una historia que era una reivindicacion de 1789 y una inoculacion nueva del entusiasmo por las libertades humanas. Sin embargo, esta obra es una obra de combate y el fruto de una juventud ardiente, que no contaba por otra parte ni con el tiempo ni con los elementos necesarios para

reconstruir una vasta época, un decenio, pero un decenio grande como un siglo por lo gigantesco de los hombres y de los sucesos. Así es que la *Historia de la revolucion francesa*, por grande que sea su mérito, no es la obra magna del célebre escritor. La obra magna, la obra verdaderamente de Thiers y coloca su nombre al lado de los nombres de los grandes historiadores del mundo, es la *Historia del Consulado y del Imperio*, vasto monumento elevado á gloria francesa y á la memoria del siglo XIX.

Solo el genio ha podido realizar esa inmensa concepcion que abrazaba en su plan al mundo moderno entero, porque tambien el mundo entero habia tomado parte en la gigantesca lucha provocada por las ideas nuevas, sostenida por la revolucion hecha hombre en la persona de Bonaparte.

El mismo Thiers hace la sinopsis de esa época y de esa obra en algunas frases de su discurso de recepcion en la Academia francesa, en 1834, tiempo en que parece que ya concebía el proyecto de llevar á cabo esa tarea gigantesca.

“¡Qué tiempos, qué cosas, qué hombres desde ese memorable año de 1789 hasta este no ménos memorable de 1830! La vieja sociedad del siglo XVIII, tan delicada pero tan mal ordenada, acabó en una tempestad terrible. Una corona cae con ruido, arrastrando con ella la cabeza augusta que la llevaba. Inmediatamente sin intervalo, son precipitadas las cabezas más preciosas y más ilustres: genio, heroísmo, juventud, sucumben al furor de las pasiones que se irritan contra todo lo que hace el encanto de los hombres. Los partidarios se siguen, se empujan al cadalso hasta el término que Dios ha marcado á las pasiones humanas; y de este caos sangriento sale repentinamente un genio extraordinario que se apodera de esta sociedad agitada, la detiene, le dá á la vez orden y gloria, realiza la más verdadera de sus necesidades, la igualdad civil, aplaza la liber-

tad que le hubiera estorbado en su marcha, y corre á través del mundo á llevar las verdades poderosas de la revolucion francesa. Un dia su bandera tricolor brilla sobre las alturas del monte Tabor, otro sobre el Tajo, y un último dia sobre el Borystenes. Cae, en fin, dejando al mundo lleno con su obras, al espíritu humano lleno con su imágen; y el más activo de los mortales va á morir, á morir de inaccion en una isla del grande Océano.

Hé aquí el pensamiento fundamental de la obra, que es justamente una historia y una Epopeya, la única posible de los tiempos modernos. Historia de un cataclismo social y de un conquistador, pero no Historia como la Ciropedia, más bien teoría política que narracion de hechos ciertos; no como la de Arriano ó como la de Ptolomeo, más bien boletines que estudios sociales; no como la de Quinto Curcio, más bien leyenda aduladora, ni como las historias augustales, himnos abyectos ó libelos apasionados, ni como los cronicones de Carlo-Magno, envueltos en las supersticiones de la Edad Media, sino una historia verdadera, palpitante de interés, rica de documentos buscados en las cancillerías de todos los pueblos, reconstruida con los informes de los testigos, con los planos de las batallas, con el conocimiento del terreno, con el estudio de la táctica del tiempo. El Consulado y el Imperio han salido del cerebro de Thiers como fueron, y Thiers salió de ese estudio completo en sus elementos de historiador, diplomático profundo, estadista, administrador, y lo que nadie ha podido negarle.....maestro en el arte de la guerra.

Además, puede asegurarse que Thiers ha fundado en el siglo XIX con Nieburg, con Gibbon y con Grote, los estudios eruditos; con Bukle, con Hallam y con Mac Auly los estudios críticos, y con Bancroft, con Motley, con Michelet, con Quinet, con Gervinus, la narracion límpida y el interés dramático.

Pero esa Historia es también una Epopeya con todos los caracteres de tal. Tiene la grandeza del asunto, la unidad de la acción, y reproduce fielmente el carácter del tiempo y el espíritu del mundo. Y sin necesidad de apelar á la fantasía, y de mezclar la leyenda á la realidad, tiene como la Iliada sus divinidades enemigas, sus ejércitos mandados por reyes; por objeto un paso de la civilización. Toman allí parte los reyes de la Europa, del Asia y del Africa, se agitan en lo alto los númenes de las religiones modernas, la diosa de la Revolución y los dioses de Gregorio VII y de Martín Lutero, el dios de Mahoma y el dios bizantino y tártaro de las estepas rusas; ¿qué más? hasta los fetiches de los bosques africanos trasportados á los bosques de las Antillas, y los intereses comerciales y políticos, y las escuelas filosóficas, todo lo que puede servir de resorte al espíritu humano, todo juega en ese poema maravilloso al que no faltaria, á ser posible, más que el ritmo de las rapsodias homéricas.

Hasta la suerte de aquellos *pastores de los pueblos* parece reproducirla de las tragedias heroicas.

Los Atridas modernos aspiraban en la soledad de los mares ó volvian á encontrar sus tronos minados por el pueblo. Parecía aquello la vuelta del mundo antiguo.

No hay duda: *El Consulado y el Imperio* es una obra homérica, es una obra dantesca menos poética, pero por eso mismo más real.

Ella sola colocaria á un hombre cualquiera en la cumbre de la gloria; pero Thiers tiene un título mejor todavía para la inmortalidad y para el amor del género humano, y es su patriotismo, su patriotismo puro, inmenso, fecundo en bienes.

El amó á su patria y amó la Libertad, y puso al servicio de estas dos deidades su perseverancia y su sentido práctico,

su gran sentido práctico. Allí está la explicación de su vida entera.

¿Por qué, se preguntan aún algunos republicanos franceses, Thiers, amando la Libertad, pudo prestar su apoyo á la dinastía de Orleans? La respuesta no hubiera sido difícil en 1830, pero ahora es inútil. Los sucesos han justificado al patriota. El reinado de Luis Felipe era un reinado de transición, era una capitulación necesaria con las preocupaciones europeas adversas á la Democracia. Aquel reinado fué una marcha que hizo muy natural el advenimiento de la República, si por desgracia el cesarismo no hubiera venido entonces, como pretende venir hoy alegando las necesidades y las glorias del primer imperio y presentándose con los derechos del segundogénito de la Revolución.

Pero Thiers hacia con el pueblo su camino, y mientras otros veían, en su impaciencia, llegada la oportunidad de construir la República, él, que sondeaba el espacio y examinaba el suelo, veía que no habia llegado el momento del Destino.

Un día, en 1789, en medio de la Asamblea Nacional, Mirabeau, irguiendo aquella cabeza *aterradora de fealdad y de genio*, según la expresión de Thiers, y proponiendo el nombre *pueblo* como título para los representantes, decía: «Mi alma se eleva contemplando en el porvenir las consecuencias dichas que este nombre puede tener. El pueblo no verá más que nosotros; nosotros no veremos más que el pueblo..... Al abrigo de un nombre que no enfurece ni alarma, arrojamos un germen; lo cultivaremos, apartaremos las obras funestas que quieran ahogarlo; le protegeremos, nuestros últimos descendientes se sentarán bajo la sombra bienhechora de sus ramas inmensas.»

Pues bien: paréceme que Thiers veía crecer el árbol que los excesos de la Demagogia, la reyedad legitimista y la reyedad nueva, las tendencias comunistas y el cesarismo habian procu-

rado ahogar, y despues de Sedan y de la Comuna habia como escuchado la voz misteriosa del Destino, decirle: «*Ahora sí es tiempo. Todo despotismo es absurdo. La República es ya el único gobierno en Francia.*»

De este modo la profecía del gran tribuno de 1789 está realizada. El árbol de la libertad está ya robusto y frondoso, y el pueblo frances puede descansar á su sombra.

Por eso, yo tengo para mí que Thiers, acaudillando el gran partido republicano de Francia, ha sido el hombre complementario de los hombres de 89, y representa en la historia la solidez y el juicio, así como aquellos representaron la Filosofía y la fuerza de impulsión.

Para mí estos dos hombres, Mirabeau y Thiers, se completan despues de noventa años; casi un siglo; el uno es la potencia, el otro la regularidad; el uno el titan de la destruccion del pasado, el otro el titan constructor del porvenir. Son dos hombres que forman un solo plan del Destino.

Los dos aman la Patria, los dos sirven con todas sus fuerzas, con todos sus años, y los dos sucumben en la tarea de hacerla grande.

Los que quieren hacer de Thiers un converso, ya hacen un elogio muy alto de él y de su nueva religion, que en todas las religiones tiene ménos influencia la fé de Pedro que la convicción de Pablo; pero Thiers no se creyó nunca ni un apostáta ni un trasfuga. Él declaró mil veces que era el hijo de la revolucion; él dijo *que amaba á su Patria, pero que tambien amaba á su siglo, y que se habia hecho de él una patria en el tiempo.* Ahora bien: su siglo es el siglo de la libertad. Carylle, ese profundo pensador inglés, lo ha dicho: «*La libertad es una cosa que el género humano está ya resuelto á tener.*»

No hay duda, Thiers veia bien el tiempo. Aquellos videntes de las leyendas religiosas antiguas tienen sus sucesores en

los políticos sagaces de nuestra época, y la mirada de los hombres que, como Thiers, mantienen su inteligencia hasta en la vejez, descubre el porvenir, así como se iluminan mejor los horizontes lejanos con los rayos del sol poniente.

Ahora los azares de la política podrán conceder ó negar el triunfo á los republicanos de Francia; no por eso es ménos evidente la profunda verdad que ha esculpido el grande hombre en el espíritu de sus compatriotas: «*La República es el único gobierno posible en Francia.*»

Esto constituye su triunfo, que la muerte, única que ha podido abatir al atleta, no ha hecho más que consagrar con la sancion de la majestad.

Hay, señores, vosotros lo sabeis bien, una cosa más grande que la vida física, y es la vida de las ideas. En ella Thiers es inmortal, su espíritu está con su pueblo y se complace hoy en recibir los homenajes que el género humano tributa á sus virtudes.

El culto á su memoria ha comenzado, porque el culto á los grandes hombres consiste en la gratitud y en la admiracion de los pueblos. Allí para donde el hombre vulgar se abre la tumba, para el hombre extraordinario surge el pedestal. Él se ha levantado ya para Thiers, y la gloria le cubre con sus alas. ¡La gloria, que no puede ser el patrimonio sino de los grandes hombres de bien!

Thiers era un hombre de bien, era un genio, era un patriota.

Hé aquí el por qué hoy fraternizan en sus sentimientos de admiracion con el pueblo frances todos los pueblos; hé aquí el por qué se depositan ante el altar del gran ciudadano los votos de todos los hombres que adoran la libertad y la ciencia en ambos hemisferios.